

A través del espejo Chesterton

Hugo Hiriart

En una época que se apresuraba a llegar a ser, no meramente hostil, sino más radical, indiferente por completo al estremecimiento religioso, el inglés, y muy inglés, Chesterton (1874-1936) se alzó entusiasta apologista de la fe cristiana. Y lo hizo con desembarazo, ingenio, alegría y extravagancia y a la vez apasionado sentido común. Desdeñó el engolamiento melodramático frecuente en la predicación religiosa. Prefirió humor, simpatía, llaneza, imaginación, paradoja, juego. Se lo agradecemos: por esa elección la vivacidad y mérito de sus escritos sobrevive hasta nuestros días. Días, sobra decirlo, de ya completa y cerrada irreligiosidad.

Al elocuente apologista Tertuliano se suele atribuir la arrogante declaración “creo porque es absurdo”, fidelidad imposible, dicho sea de paso, según filósofos actuales, pues toda creencia se tiene que sustentar en una estructura racional y no puede prestarse fe a lo contradictorio o absurdo, pero Chesterton, no menos audaz que el famoso presbítero de Cartago, sostuvo que lo que es absurdo es no creer y trató de demostrarlo una y otra vez. En este camino, digámoslo de una vez, Chesterton fue desgranando su encantadora y persuasiva obra literaria.

Obra inmensamente variada: va de la poesía al cuento policiaco; del periodismo, donde fue, como en todo, prolífico, a la biografía; de la historia de Inglaterra o del mundo al ensayo ligero o la novela de espionaje. Y a lo largo de toda ella la misma sencillez, el mismo elocuente encanto, la misma inteligencia.

Fue Chesterton, recuerda Alfonso Reyes, “polemista de talla gladiatoria” que enfrentó a pesos completos de su época, como Bernard Shaw. En una controversia, por ejemplo, sobre comer o no comer carne, Shaw, que era vegetariano, invocó el cono-

cido argumento acerca del sufrimiento de los animales, a lo que Chesterton socarrón repuso “cómo se ve que no ha oído usted gritar a las yerbas”.

El hombre eterno (título muy siglo XX, en el siglo XXI hubiéramos preferido *El humano eterno* para no excluir a las damas) es un libro extraño, muy extraño, casi ininteligible en su arbitrariedad. Pero se hace claro, transparente, a la luz de este afán de contienda de nuestro apologista católico, porque todas sus páginas no son otra cosa que respuesta polémica al notable escritor británico H.G. Wells.

Sucede que Wells ostentaba preparación y espíritu científicos, fue uno de los primeros y mayores creadores en el género de la ciencia-ficción. Algunos de sus cuentos o novelas fueron proféticos, como *Guerra en el aire*, de la Batalla de Inglaterra, otros, como *El hombre invisible*, son sólo los cuentos de hadas de nuestra época, los “deleitables horrores” de Borges, gran aficionado a Wells (y a Chesterton, como se sabe).

Pues H.G. Wells justamente se atrevió a dar a la estampa una concentrada, y afortunada a su modo, historia del mundo, en un solo y sucinto volumen, que rápidamente alcanzó a ser *best-seller* traducido a muchos idiomas. Ahora, la orientación científica e irreligiosa de Wells se da a notar y explaya alegremente a lo largo del libro. Chesterton, vista aduanal de la ortodoxia católica, juzgó necesario salirle al paso a semejante versión de la historia humana. El resultado de esta decisión es *El hombre eterno*, un libro tan extraño que viene a ser atractivo y sugerente.

El hombre eterno no es un libro, como el de Wells, donde se va refiriendo el drama humano. El desarrollo y encuentro, apacible o bélico, de las culturas, por ejemplo, Mesopotamia, Egipto, Grecia, China y así.

No, de eso no hay aquí, este libro es más bien un comentario crítico, una serie de notas al pie reprendiendo a Wells y proponiendo otros caminos de acento y comprensión de lo humano. Por supuesto que lo que Chesterton extraña es, *mutatis mutandis*, una interpretación religiosa, específicamente cristiana, del devenir histórico. Y él la viene a hacer, es una especie de Bossuet sonriente y algo modernizado.

En palabras de su autor: “el libro está dividido en dos partes, la primera es un esbozo de la aventura de la raza humana mientras se mantuvo como no creyente; la segunda es un resumen de la verdadera diferencia que implicó para esta raza humana el convertirse al cristianismo”.

Porque no es Chesterton escritor católico que explore los dramas de la Gracia y el Pecado, las ansiedades y desvelos de la fe, como Graham Greene, quien bordea la heterodoxia (algunas novelas de Greene estuvieron en el índice expurgatorio vaticano), no, Chesterton es ante todo un ortodoxo, *Ortodoxia* es precisamente el título de uno de sus libros más conocidos. Lo que es asombroso, auténtico milagro literario es que, pese a todo, con esas limitaciones, con su aire conservador y aun retrógrado, sus escritos sean tan frescos, inventivos, originales, perdurables.

A las traducciones del maestro, las clásicas son desde luego de Alfonso Reyes que hizo las versiones de *El hombre que fue jueves*, *Ortodoxia*, *Pequeña historia de Inglaterra*, ahora se suma la fiel y precisa de María Iliana Díaz que viene a enriquecer el conocimiento de ese despierto y bullicioso polígrafo, de incomparable simpatía, el sonriente y tan corpulento Chesterton que un día en el tranvía muy cortés se levantó y cedió su asiento, no a una, sino a dos señoras que acababan de entrar. ■